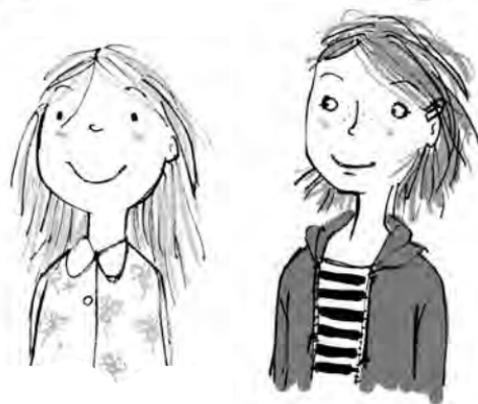


Jenny Valentine

Nana y Yo



Ilustrado por Joe Berger

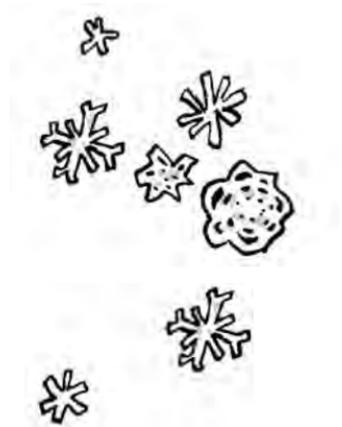
MAEVA  young



Índice

1. Nana y yo	7
2. El pelo de Nana	25
3. El mundo de Nana	42
4. Y en mi maleta metí...	61
5. Nana y la canguro	79
6. La doctora Nana	100
7. Buenas noches, Nana	118
8. Una nueva casa	133





Nana y yo

Mi nombre es Moni y tengo una hermana pequeña. Cuando era aún más pequeña de lo que es ahora, se cambió de nombre. Una mañana se despertó y ya no se llamaba como antes. Al principio fue un poco lío. Estábamos sentadas en mi cama haciendo copos de nieve. Ella me había despertado para que le ayudara. Muchas veces mi hermana viene a mi cuarto por las mañanas, antes de que me apetezca que me hablen o jugar. Había

trocitos de papel por las sábanas y el suelo,
mi hermana los había lanzado sobre mi

cara, mientras
gritaba: «¡Está
nevando!».

Hacía muy poco
que había aprendi-
do a manejar
las tijeras, y le
encantaba jugar
con ellas.



Supuestamente teníamos que usar revistas viejas. No nos dejaban usar folios blancos a no ser que tuviéramos una buena razón, como un dibujo para un cumpleaños o una nota de perdón o de gracias. Hacer copos de nieve no era una buena razón, y aunque se lo había dicho a mi hermana varias veces, ella seguía usando folios blancos porque quería que la nieve fuera blanca y brillante, y que no tuviera nada escrito.

–Mira este –me dijo, mientras sujetaba el copo de nieve número veintisiete.

–Te ha quedado muy bien –le contesté–.

¿Puedes pasarme las tijeras?

–Las estoy usando –respondió.

–No, no las estás usando.

–Las voy a usar en un minuto.



–Sofía –le dije, porque así es como se llama–. Hay que compartir.

–No me llamo Sofía –respondió.

En ese momento no dije nada, porque pensé que era una forma de no compartir. No me di cuenta de que iba en serio. Y tuve que esperar siglos a que me diera las tijeras.

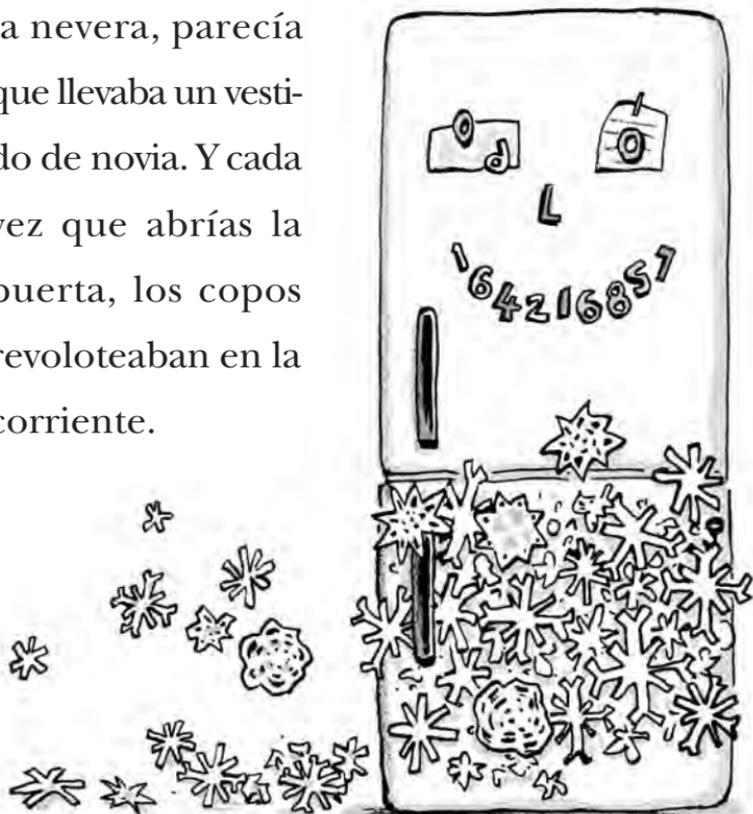


Más tarde todos bajamos a la cocina en pijama. Los días que no tenemos colegio siempre desayunamos en pijama, a veces incluso seguimos en pijama a la hora de la comida. Papá y mamá estaban muy graciosos, muy arrugados y algo hinchados. El pelo de mamá estaba todo revuelto y muy rizado, y el de papá completamente pegado a un lado.



No llevaban zapatillas aunque siempre nos están diciendo que nos las pongamos.

Mi hermana había pegado todos los copos de nieve en la nevera, parecía que llevaba un vestido de novia. Y cada vez que abrías la puerta, los copos revoloteaban en la corriente.



–La nevera se va a casar –dije.

–¿Con quién? ¿Con papá? –preguntó mi hermana.

Y nos reímos de nuestra broma como locas. A mi hermana le encantan sus chistes.

–Sofía –dijo mamá–. ¿Cereales o tostada? Mi hermana no respondió.

–Sofía –repitió mi madre–. ¿Hola? Tierra llamando a Sofía.

Pero Sofía siguió sin responder. Giró la cabeza y se quedó quieta, como cuando finge que no te oye.

–Sofía –insistió mi madre–. ¿Qué quieres desayunar?

No hubo respuesta. Ni siquiera una mirada.

–Sofi –dijo mi padre, abrazando la nevera y dándole un beso–. Mamá te está hablando.



–No, no lo está haciendo –contestó mi hermana, y luego lo señaló y se rio–. Los señores Nevera.

–Sí que lo está haciendo –insistió mi padre–. La has oído. Todos la hemos oído.

–No me está hablando a mí –dijo mi hermana–. Está hablando a Sofía.

Al principio nadie dijo nada. Todos nos quedamos en silencio. Podía oír el pitido de la tetera y los cereales aterrizando en mi bol. Miré a mamá, ella miró a papá y todos miramos a mi hermana. A mí me seguía pareciendo que era la Sofía de siempre, jugando con su pelo y vestida con su pijama de hadas.

–Todos creíamos que eras Sofía –dijo mamá.

Mi hermana miró a su espalda y a ambos lados, como si mi madre estuviera hablando con otra persona.

–¿Quién, yo? –preguntó–. ¿Quién, yo?

Nos miró como si fuéramos los más bobos del planeta Tierra.

–Sí, tú –dijo mamá.



–Yo no soy Sofía –contestó mi hermana, muy seria–. Aquí no hay nadie que se llame Sofía.

Papá empezó a mirar debajo de la mesa, en la caja de cereales y en la basura.

–¿Hay alguien aquí que se llame Sofía?
–preguntó–. Hace un momento, sí.

Empezó a hacer el payaso: le levantó los brazos, le tocó el pelo como si fuera un mono de feria, mientras la llamaba: ¡Sofi, Sofi!

Mi hermana se rio.

–No está –dijo–. Sofía no está aquí.

Mamá dijo que antes había una niña en nuestra familia que se llamaba Sofía.

–Me enfadaría un poco si alguien hubiera perdido a Sofía, porque me estaba empezando a caer bien.

Mi hermana se encogió de hombros.

–No sé donde está –dijo.

–Entonces, ¿quién eres? –preguntó papá.

–¿Cómo te llamas? –pregunté yo.



Me miró y sonrió, como diciendo que ya era hora.

–Me llamo Nana –dijo.

Parecía tan orgullosa, que me recordó a un pavo real con su cola desplegada.

Mamá se rio, pero mi hermana le dijo que no lo hiciera, así que fingió beberse su té, pero yo vi que seguía sonriendo. Papá dijo que Nana sonaba a perro, a un perro enorme de lanas, o que sería el nombre que él le pondría a una oveja o a un cerdito de peluche.

–O a una niña –respondió mi hermana, arrugando la frente–. Porque ese es mi nombre, y es lo que soy.

–¿El qué? ¿Una cerdita? –preguntó papá.



–No, tonto, una niña.

–No pareces la niña que compramos –dijo mamá–. La que compramos estoy segura de que se llamaba Sofía.

–Bueno, esta niña seguro que es una Nana –dijo moviendo la cabeza y señalándose a sí misma.

–Me gusta –dije–. Te pega.

–Claro –contestó mi hermana–. Por supuesto que me pega, es mi nombre. –Luego preguntó–. Pero ¿no me habéis comprado, verdad?

Mis cereales crujieron cuando añadí la leche.

–¿Puedo tomar cereales? –me preguntó mi hermana. Le pasé un bol, una cuchara, la caja y la leche y me dijo–: Gracias, Moni.

Miré detrás de mí, a los lados.

–Aquí no hay nadie llamado Moni –dije de broma.



Mamá y papá abrieron la boca y se rieron, pero mi hermana no abrió la boca y se quedó superseria. No le hizo ninguna gracia.

Después de mi broma no quisimos tomarle más el pelo y que se enfadara, porque cuando mi hermana se enfada es muy aburrida y no hace más que quejarse. Así que le seguimos el juego para que se quedara tranquila.

Todos empezamos a decir: «¿Me pasas la mantequilla, Nana?». «Bébetelo el zumo, Nana.» «No metas la barbilla en el bol, Nana.» «Por favor, no me des patadas, Nana.» «Nana, por favor, pórtate bien en la mesa.»

De hecho, la seguimos el juego toda la mañana porque pensamos que si repetíamos mucho lo de Nana, al final se cansaría y querría volver a Sofi. Esa era la idea.

Cuando nos estábamos vistiendo me acordé de llamarla Nana.

Cuando se negó a ayudarme a quitar los copos de nieve de mi cama, la llamé Nana, a pesar de que estaba enfadada con ella y se me podía haber olvidado.

Cuando me pidió que escribiera su nombre en un papel para ponerlo en su puerta,

me acordé de escribir Nana, para no tener que repetirlo.

Mamá y papá se acordaron también de su nuevo nombre.

Decían: «Nana, esto», «Nana, lo otro».

Decían: «Nana, cómete lo que tienes en el plato rápido o no hay flan».

Decían: «Nana, ¿cuándo ha sido la última vez que te has lavado los dientes?».

Decían: «Nana, Moni está leyendo. Por favor, deja de saltar en el sofá».

Incluso cuando mi hermana bajó de su habitación con una caja, no dijimos nada.

Dentro había metido todas las cosas que había encontrado con el nombre de Sofía: calcetines, lápices, una taza de plástico, un llavero, algunos post-its, un osito de peluche





verde, un monedero y una pequeña matrícula de coche de California que la tía Esther nos había enviado. También había metido un dibujo que le había hecho yo con su nombre cuando nació. Entonces yo aún no sabía escribir bien, pero mi hermana adoraba ese dibujo.

–Esto es para Sofía –dijo.

–¿Dónde quieres que lo ponga, Nana? –preguntó papá.



–En la basura –respondió, y se encogió de hombros.

–¿No crees que Sofía querrá algún día tener sus cosas otra vez? –preguntó mamá.

Mi hermana negó con la cabeza.

–No, no. Seguro que no.

–Creía que ese dibujo que te hice te gustaba –le dije.

–Y me gusta –contestó–. ¿Puedes hacer otro para Nana?

Le dije que sí.

Cuando Nana no estaba mirando, mis padres escondieron la caja en un armario que tenemos debajo de la escalera, por si acaso.

–Buenas noches, Nana –le dijo mamá.

–Dulces sueños, Nana –le dijo papá.



–Espero que no te piquen los mosquitos,
Nana –añadió mamá.

–Mañana por la mañana podemos hacer
más copos de nieve –le dije yo.

No metimos la pata. Creíamos que está-
bamos siendo muy listos. Nos abrazamos y
nos guiñamos el ojo.



Al día siguiente, nada más despertarme pre-
gunté:

–¿Ha vuelto Sofía?

–No –contestó mi hermana.

Y a la mañana siguiente, siguió diciendo:

–No.

Y al tercer día, preguntó:

–¿Quién es Sofía?

Pronto nos dimos cuenta de quién mandaba realmente. Era Nana. Porque así se sigue llamando, desde el día que lo decidió. El juego se convirtió en algo real y poco después ya todos nos acostumbramos.

Nana tiene ahora una nueva taza de plástico y algunos lápices con su nombre, pero no tiene llavero ni post-its y, por supuesto, tampoco tiene una matrícula de California. Mamá cosió el nombre de Nana en su osito de peluche y yo le hice otro dibujo que era mucho, mucho mejor que el primero.

Ahora no me puedo imaginar llamarla de otra manera. Es Nana.

